

CONFERENCIAS MAGISTRALES
TEMAS DE LA DEMOCRACIA

Laura Chinchilla

Democracia y pandemia

47

Laura Chinchilla

Democracia y pandemia

Laura Chinchilla

Democracia y pandemia

47

Instituto Nacional Electoral

Consejera Presidenta

Lcda. Guadalupe Taddei Zavala

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtro. Arturo Castillo Loza

Norma Irene De La Cruz Magaña

Dr. Uuc-kib Espadas Ancona

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Carla Astrid Humphrey Jordan

Mtra. Rita Bell López Vences

Mtro. Jorge Montaña Ventura

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Encargada de despacho de la Secretaría Ejecutiva

Lcda. María Elena Cornejo Esparza

Titular del Órgano Interno de Control

Lic. Jesús George Zamora

Encargada de despacho de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Mtra. Nancy Natividad Rendón Fonseca

Democracia y pandemia

Laura Chinchilla

Primera edición, 2023

D.R. © 2023, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-8711-78-9

ISBN volumen impreso: 978-607-8870-73-8

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8772-55-1

ISBN volumen electrónico: 978-607-8870-74-5

El contenido es responsabilidad de la autora y no necesariamente representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

7 Presentación

Conferencia Magistral

Democracia y pandemia

- 11 Democracia y pandemia
- 35 Referencias bibliográficas
- 37 Sobre la autora

| **Presentación**

En su libro *Las promesas incumplidas de la democracia*, Norberto Bobbio ubica algunas de las razones por las cuales las civilizaciones occidentales albergaron esperanzas en cuanto a que esa forma de gobierno pudiera ayudar a mejorar las condiciones de vida de las sociedades.

Con el devenir de los años, las y los ciudadanos de estos países han visto con desencanto que la democracia por sí misma no ha sido útil para resolver los graves problemas por los que atraviesan.

El fenómeno del desencanto se ha acrecentado con el surgimiento de los medios de comunicación y, en los últimos años, con la masificación del uso de la internet, debido a que estos medios permiten visibilizar casi de inmediato diversas problemáticas políticas, sociales y económicas.

La crisis de legitimación o el desencanto se agudizó particularmente en los países latinoamericanos, entre otras razones, por la existencia de grandes conglomerados sociales y el recrudecimiento de las dificultades económicas. En este contexto, la población ha tenido la percepción de que sus regímenes democráticos no han sido capaces de satisfacer sus necesidades más elementales.

En el caso mexicano estas circunstancias han provocado movimientos sociales y políticos que reclaman del régimen democrático la satisfacción de necesidades económicas básicas. No obstante, tal como ocurrió en otras latitudes, la población percibe que la democracia ha incumplido la generación de un mínimo de satisfactores.

A finales de diciembre de 2019, China anunció el surgimiento de un virus, y su rápida propagación provocó que en marzo de 2020 la Organización Mundial de la Salud reconociera la existencia de una pandemia, cuyos efectos asolaron a los grandes centros urbanos y han provocado millones de muertes.

Los efectos de esa pandemia han sido ubicados por las y los estudiosos en los más diversos aspectos de la vida cultural, económica y social, y muchos sostienen que los

efectos continúan hasta nuestros días. Tal es el caso de Laura Chinchilla, reconocida académica, investigadora y docente, quien profundiza sobre el impacto que tuvo la pandemia de COVID-19 en las democracias latinoamericanas y en particular en la mexicana. Afirma que el impacto y los efectos de esta se resintieron de manera más severa debido a las características del subdesarrollo de la región.

La autora refiere que la pandemia agudizó aún más la crisis de legitimidad del sistema democrático de todos los países latinoamericanos, debido a la existencia de factores económicos subyacentes y al desencanto de amplios sectores de la población respecto a las bondades que la democracia debió haber producido en las sociedades contemporáneas.

Gracias a estudios como los de la autora, tenemos claridad acerca de las causas y los probables efectos de la pandemia, así como su relación con la democracia.

A partir de lo anterior pueden proponerse algunas salidas o soluciones para aminorar su impacto y deben ser consideradas por las distintas instancias que en nuestras sociedades son responsables del funcionamiento del régimen democrático.

Finalmente, quisiera reconocer la importante contribución de Laura Chinchilla al estudio de estos fenómenos en la búsqueda de las mejores rutas para fortalecer nuestro sistema democrático.

Lcda. Guadalupe Taddei Zavala
Consejera Presidenta del Instituto Nacional Electoral

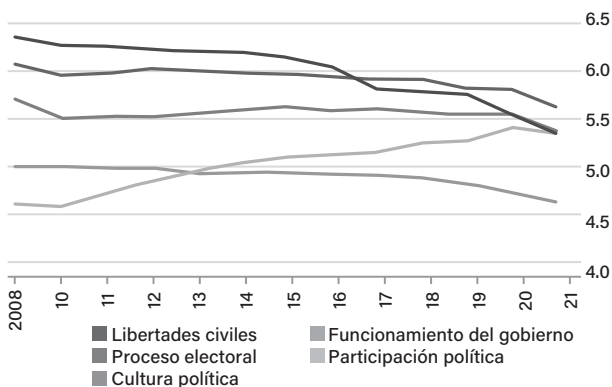
Democracia y pandemia

Resulta altamente angustiante constatar que cuando hablamos de los problemas de la democracia en el marco de la pandemia no estamos solos, pues la crisis de la pandemia, como bien sabemos, fue una crisis global. De igual manera, la crisis de la democracia se ha convertido en una crisis global, ambas han tenido múltiples canales de contagio y se han retroalimentado, como lo veremos más adelante.

Si analizamos uno de los índices más consistentes sobre variables concretas y duras de la democracia, como lo es el índice que año con año emite la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist*, podemos ver que prácticamente desde que este índice salió a la luz pública en el año 2006 –la serie de la gráfica 1 empieza en 2008 y termina en 2021– las variables esenciales que hacen parte de la vida democrática han experimentado un constante deterioro

a nivel global. Entre estas se encuentran las libertades civiles, el proceso electoral, la cultura política o el funcionamiento del gobierno. La única variable que lejos de deteriorarse pareciera más bien ganar fuerza es la participación política. Destaco esta cuestión porque la retomaré para algunas reflexiones que haré hacia el final de la participación.

Gráfica 1. Evolución de la democracia por variable, 2008-2021



Fuente: *The Economist*, Intelligence Unit, 2022.

De acuerdo con IDEA Internacional, en su último reporte presentado en 2021, más de una tercera parte de la

población global vive bajo regímenes autoritarios y tan sólo 6% vive en las llamadas *democracias plenas*. Esa institución nos recordó también, en 2021, que por quinto año consecutivo el número de países que se movían en la dirección autoritaria superaba el número de países que se movían en la dirección democrática, de tal manera que el número de los primeros triplicaba al de los segundos.

En consecuencia, nos encontramos en un escenario sumamente negativo y pesimista en lo que respecta a la democracia, pues como si fuera poco el problema del deterioro democrático a nivel global, este se encontró con la crisis de la pandemia, lo que resultó en un deterioro sin precedentes en muchas de las variables a las que me referí (como las libertades civiles), no solamente entre las democracias desarrolladas, sino también en los regímenes que ya habían mostrado señales de autoritarismo.

Prácticamente ningún país, salvo algunas muy honrosas excepciones, se libró de las tendencias autoritarias que fueron impulsadas por la pandemia y del tipo de acciones que demandó por parte de las autoridades públicas. Fundamentalmente, lo que hizo la contingencia sanitaria fue facilitar y hasta normalizar los poderes de emergencia, concentrando más potestades en los poderes ejecutivos,

reduciendo espacios para la autonomía de otros poderes, identificando excusas para disminuir garantías electorales y, además, generando múltiples conflictos entre poderes del Estado, como hemos visto muy claramente en muchos países de América Latina.

La pandemia constituyó una crisis multivariable y multisectorial, y fue, particularmente, una especie de acelerador de conflictos. Debemos recordar que la pandemia se sumó a otra crisis que se venía manifestando con gran afectación del debate público y, en consecuencia, de la democracia: la *infodemia*, es decir, toda esta crisis de desinformación que ha venido de la mano con la explosión de las redes sociales. Si bien las tecnologías digitales se han convertido en una gran oportunidad para fortalecer procesos democráticos, también han traído consigo estos fenómenos de desinformación, de posverdad, de polarización del debate público, de creación de burbujas que dificultan el debate balanceado. Y, por supuesto, esta infodemia jugó un papel que profundizó aún más los efectos que la pandemia tuvo sobre las instituciones democráticas.

Pasemos al estado de América Latina. Ya antes de la pandemia la democracia en la región se encontraba en un estado muy precario de salud, pues podríamos decir que

varios de sus regímenes democráticos se encontraban en estado de observación, algunos en cuarentena, otros en cuidados intensivos y algunos ya habían fallecido tras haber sucumbido a las tentaciones autoritarias. Este último es el caso de Venezuela y de Nicaragua, países que desde hace algunos años dejaron de ser democracias de nuestra región.

Tenemos que decir que pocas regiones en el mundo abrigaron con tanto entusiasmo el ideario democrático como lo hizo Latinoamérica, en donde hace ya más de 40 años se instaló la democracia. Sin embargo, es hoy la región, y esto duele mucho reconocerlo, que mayor deterioro está reportando en las variables democráticas, así constatado por los distintos organismos que monitorean el estado global de la democracia.

Veamos lo que nos dice la Unidad de Inteligencia de *The Economist* en relación con la evolución de la democracia en América Latina. Si vemos las tres columnas (2006, 2020 y 2021) de la tabla 1 y consideramos el índice promedio para la región de América Latina, donde 10 es el valor más alto, vemos cómo Latinoamérica ha experimentado un deterioro, desde 6.37 como índice promedio de calificación en 2006 hasta 5.83 en 2021.

Tabla 1. Evolución de la democracia en América Latina, 2006, 2020 y 2021

Categoría	2006	2020	2021
Índice promedio	6.37	6.09	5.83
Democracias plenas		3	2
Democracias deficientes		13	11
Regímenes híbridos		5	7
Regímenes autoritarios		3	4

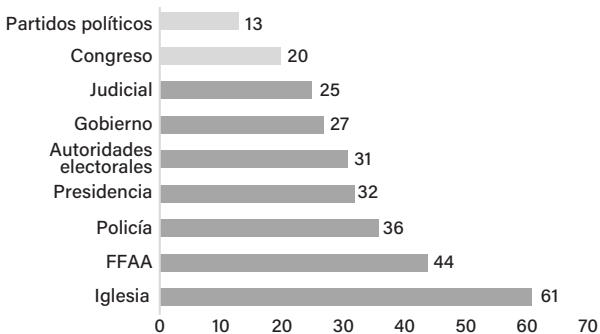
Fuente: *The Economist*, Intelligence Unit, 2022.

De acuerdo con ese índice, tan sólo entre 2020 y 2021 pasamos de tener tres democracias plenas a solamente dos, que son Uruguay y Costa Rica el día de hoy. También pasamos de 13 democracias deficientes a 11, ciertamente un poco menos, pero los regímenes híbridos, que son aquellos que están en una etapa preautoritaria, aumentaron de cinco a siete. Por último, los regímenes autoritarios pasaron de ser tres a convertirse en cuatro países que los sufren.

En el periodo 2020-2021, América Latina fue la región del mundo que registró el mayor deterioro de la democracia desde que este índice comenzó a elaborarse en 2006, pero el desgaste no se dio en un año en particular, sino que se ha venido registrando desde los últimos seis años.

Ahora bien, a la par de este deterioro de las variables democráticas en América Latina, experimentamos otro fenómeno paralelo que complica aún más el escenario: el desgaste de la percepción que las y los ciudadanos tienen sobre la democracia. Esto quiere decir que el deterioro democrático ha venido acompañado de un desencanto de la ciudadanía con las instituciones de la democracia representativa y, lo que es más grave, con el concepto de la democracia misma. En la gráfica 2 se muestran algunos datos que confirman lo que estoy indicando. Se trata de información proporcionada por el Latinobarómetro del año 2021, que es el más reciente.

Gráfica 2. Confianza en las instituciones en América Latina, 2021



Fuente: Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*.

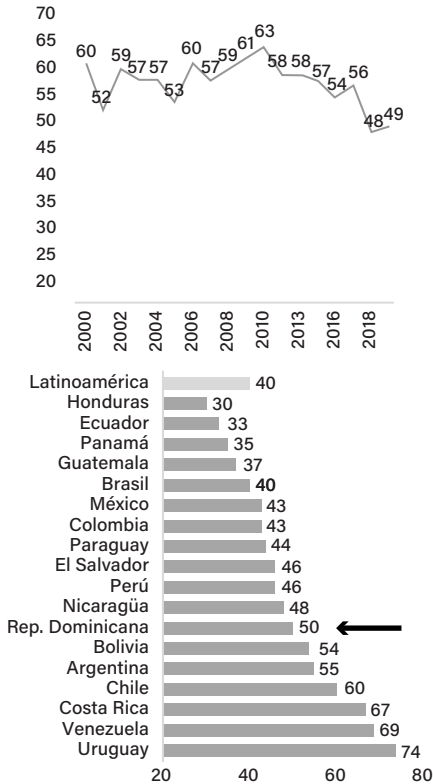
En la gráfica que se presenta vemos que los partidos políticos y el congreso, es decir, las instituciones más importantes y emblemáticas de la democracia representativa, están en el escalafón más bajo de confianza por parte de las y los ciudadanos. Hay 20% de confianza, en promedio, en los congresos latinoamericanos y 13% en relación con los partidos políticos.

El reclamo hacia los congresos y hacia los partidos políticos ha afectado el concepto de democracia, por lo que el apoyo a esta ha caído. En los últimos 20 años, ante la pregunta de si la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, las respuestas de las y los latinoamericanos cada vez tienden a ser más bajas, es decir, cada vez tenemos menos demócratas convencidos en nuestra región. En la gráfica 3 se muestra cómo para el año 2000 esta respuesta era dada por tan sólo 60% de las personas, y para 2018 llegó a 48%, esto es, hubo 12 puntos de caída.

En la gráfica 3 se presenta el porcentaje de ciudadanos y ciudadanas que dicen preferir la democracia a cualquier otra forma de gobierno. Como puede verse, predomina el número de países donde son minoría quienes prefieren la democracia a cualquier otra forma de gobierno, es decir, aquellos países que están por debajo del 50%. A esto se une la percepción que tienen las y los ciudadanos

latinoamericanos de que las democracias que les rigen son ineficaces y elitistas.

Gráfica 3. Apoyo a la democracia en América Latina, 2000-2020
“La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno”



Fuente: Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*.

El mismo Latinobarómetro indica que al 51% de las y los ciudadanos no les importaría que un gobierno no democrático se instale en su país si es capaz de resolver sus demandas. En otras palabras, en el fondo hay un reclamo con respecto a que la democracia no está siendo capaz de responder a los problemas que le aquejan, y lo que es más grave aún: en promedio 73% de la ciudadanía considera que cuando la democracia resuelve, es decir, que se gobierna, no es para solucionar los problemas de las mayorías, sino que los grupos poderosos gobiernan en su propio beneficio.

No es de extrañar que toda esta situación, que he procurado describir de manera muy sintética, haya desembocado antes de la pandemia en una explosión social, como se evidenció en las múltiples protestas que tomaron las calles y las ciudades de muchos países de nuestra región.

La razón podía ser cualquiera: el incremento en las tarifas de autobuses, un acto de corrupción, una directriz ejecutiva que no gustaba. No importaba cuál era el tema, sino la chispa que encendía ese descontento social que estaba en la base de todo este análisis que hemos venido haciendo.

Este tipo de manifestaciones nos sorprendieron a todos cuando una de las democracias más estables de nuestra

región, Chile, también explotó en una grave protesta social, que afectó por muchas semanas como resultado del deterioro de las variables duras de la democracia, del desencanto ciudadano y de esas percepciones de que la democracia no resuelve y que, cuando lo hace, resuelve solamente en beneficio de los grupos de poder.

Sentimos que todo esto, de alguna manera, se detuvo con la pandemia, que hubo un paréntesis que fundamentalmente se abrió con la pandemia. Algunos interpretaron que las prohibiciones de reunirse obligaron a la gente a desmovilizarse, a dejar de salir a la calle, aunque, en el caso de Colombia, la protesta ocurrió en medio de la pandemia.

También puede decirse que la pandemia fue sucedida por el *superciclo* electoral que se volvió a abrir en nuestra región y que, generalmente, también se convierte en un *apaciguador temporal* de los ánimos de la gente en espera de que los resultados electorales de este ciclo traigan mejores tiempos; de ahí que la gente, entonces, tienda a dejar la protesta un poco de lado para darle tiempo a los resultados electorales y a los nuevos gobiernos que se van a instalar.

¿Podríamos decir que estos escenarios de convulsión institucional, democrática y política se quedaron atrás? Yo no

sería tan categórica. Entremos, precisamente, a valorar cuál es el futuro de la democracia en América Latina, qué nos podría esperar hacia adelante.

Yo no puedo ser muy contundente, sólo debo decir que veo un futuro sumamente incierto, lleno de oportunidades, pero también lleno de riesgos y desafíos. Desde el punto de vista de los riesgos, tenemos que reconocer que uno de los más grandes –considerando que parte del reclamo ciudadano consiste en que las democracias no son capaces de responder a sus necesidades– es que la crisis de la pandemia no ha terminado.

Si bien la enfermedad ha cedido, todas las secuelas que dejó se siguen manifestando y se han unido a otras crisis inmediatamente posteriores, muchas de ellas derivadas de la propia pandemia, como la crisis de los suministros globales, como la guerra en Ucrania y, en consecuencia, el elevado costo de las materias primas, los insumos y combustibles que está impactando fuertemente en la inflación, y que, sabemos, golpea generalmente a los sectores de menor poder adquisitivo.

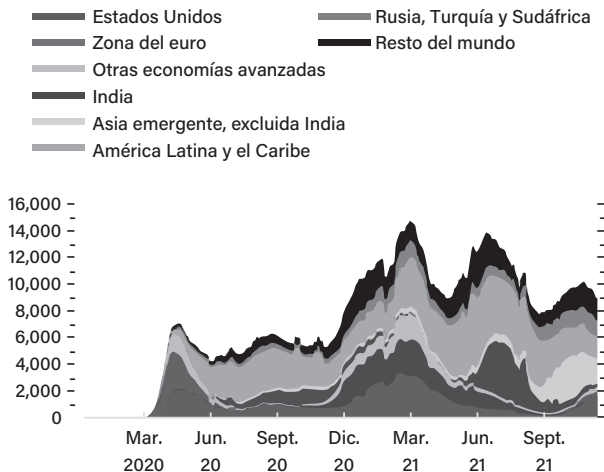
Esta crisis continua y su profundización se van a convertir en uno de los principales riesgos que enfrenta la región. El ciclo electoral se puede transformar en un riesgo en sí

mismo si no trae los cambios que la gente está demandando. En consecuencia, podría revivir la protesta social, ejerciendo todavía más presión sobre el marco institucional y sobre las democracias que ya de por sí vienen debilitadas. Finalmente, como otro de los riesgos, tenemos un sistema político atrapado que no sabe cómo responder. Permítanme desarrollar muy brevemente algunos de estos aspectos.

La crisis no ha pasado en América Latina porque las consecuencias de sus secuelas fueron gravísimas. Cuando analizamos cuál fue la región más golpeada del mundo por la pandemia, Latinoamérica se llevó prácticamente todos los “trofeos”. En la gráfica 4 se puede ver que el número de muertes contabilizadas en América Latina es, por mucho, la franja que más destaca frente a las que representan a otras regiones. Con sólo menos de 9% de la población mundial, nuestra región llegó a contabilizar casi el 30% de las muertes del mundo.

Gráfica 4. Muertes por COVID-19 según las regiones del mundo, marzo de 2020-septiembre de 2021

La pandemia comenzó a resurgir durante el verano.



Fuentes: Our World in Data, y cálculos del equipo del Fondo Monetario Internacional (IMF, por sus siglas en inglés).

Nota: Datos correspondientes al 22 de septiembre del 2021. El grupo económico y las clasificaciones regionales se encuentran en *World Economic Outlook*. De acuerdo con los términos de la Organización Internacional de Normalización (ISO, por sus siglas en inglés) los códigos de países de otras economías avanzadas son: AUS, CAN, CHE, CZE, DNK, GBR, HKG, ISL, ISR, JPN, KOR, MAC, NOR, NZL, SGP, SMR, SWE y TWN.

También en el área económica América Latina fue la región más afectada, pues dentro de los mercados emergentes caímos siete puntos, es decir, perdimos siete puntos

de riqueza en la región con un impacto devastador en el plano social, como puede observarse en la siguiente tabla.

Tabla 2. Producto interno bruto según las regiones del mundo, 2020, 2021 y 2022*

	2020	2021	2022*
Mundo	-3.1	5.9	4.9
Economías avanzadas	-4.5	5.9	4.9
Economías emergentes	-2.1	6.4	5.1
China	2.3	8.0	5.6
África del Sur	-6.4	5.0	2.2
América Latina y el Caribe	-7.0	6.3	2.8
India	-7.3	9.5	8.5

*Para el año 2022 las cifras corresponden a proyecciones.

Fuente: Fondo Monetario Internacional.

Contabilizamos 22 millones más de personas pobres y ocho millones más en extrema pobreza, mientras que el ingreso de las personas más ricas crecía hasta casi 40%. Por ello, América Latina, ya de por sí una de las regiones más desiguales en el mundo, se convirtió en una región aún más desigual.

Tuvimos un apagón educativo en el que, y estos son datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, casi 50% de nuestros niños y niñas vivieron una

total desconexión, es decir, un apagón educativo completo por no tener acceso a las tecnologías digitales. Además, se considera que la mujer fue uno de los sectores más golpeados, pues se dio un retroceso de casi 10 años en su proceso de inclusión en el mercado laboral.

Entonces, vemos que estas secuelas sociales están presentes, agravadas por todo el fenómeno inflacionario que estamos viviendo y en un momento en el que –a diferencia del año 2020, en el que algunos gobiernos pudieron responder con políticas fiscales que amortiguaron los efectos en la materia porque tenían espacio fiscal para hacerlo– nuestros países no solamente afrontan serios problemas de déficit fiscal, sino que también tienen deudas crecientes y, además, por el fenómeno de las tasas de interés, se enfrentan al riesgo de una salida masiva de capitales.

Es decir, estamos de verdad en una coyuntura altamente explosiva. Las expectativas de cambio que tienen las y los ciudadanos a la hora de votar pueden no estar siendo respondidas. Creo que el caso más claro que estamos viendo, y con enorme preocupación, es el de Chile, en donde no solamente su presidente acusa un gravísimo y rápido deterioro de las percepciones con respecto a su mandato, sino que además estamos viendo de nuevo la protesta social tomando algunos espacios públicos de ese país.

Como decía, otro fenómeno preocupante es que el ciclo electoral continúe reproduciendo los riesgos que está enfrentando la democracia, y que sigamos, de alguna manera, viendo estas nuevas formas de regresión democrática, las cuales tienden a ser menos visibles que las asonadas militares o los golpes de Estado que en el pasado denunciábamos, porque son formas de regresión que se gestan con grandes dosis de legitimidad y por parte de quienes precisamente han llegado a gobernar mediante mecanismos democráticos.

La elección de liderazgos populistas con pocas convicciones democráticas constituye uno de los riesgos que podríamos heredar de este nuevo ciclo electoral, de manera que en lugar de poder salir de esta espiral de deterioro nos seguimos hundiendo aún más.

A todo esto, tenemos que decir que estamos encontrando en la región una ruta no muy clara con respecto hacia dónde discurrir en materia de reformas a la institucionalidad democrática. En este momento se están mezclando muchos tipos de tendencias y alternativas sin que haya un pensamiento sistemático y metódico, tampoco hay un ejercicio profundo de preguntarnos cuáles son las reformas que nuestras democracias demandan para poder salir

de esta especie de torbellino, de este círculo vicioso que a ratos nos genera la sensación de una crisis sin salida.

A mi modo de ver, y de manera un tanto simplista, yo catalogaría las respuestas que se están intentando a la crisis política y a la crisis de la democracia en América Latina en dos grandes tendencias. Una es, básicamente, la que aboga por el hiperpresidencialismo. Con el argumento de que la democracia como la tenemos hoy no nos responde, se afirma que necesitamos a un líder fuerte a quien necesitamos darle todas las potestades que requiere para concentrar poder, y dejar que en sus manos se resuelvan, de alguna manera, muchos de los problemas que nos agobian.

Sin lugar a duda, esta es la peor salida posible y, lejos de ayudar al fortalecimiento de la democracia desde el punto de vista de su eficacia o su legitimidad, está abriendo mayores grietas en los regímenes democráticos.

La otra tendencia es responder de manera, en principio, bienintencionada, es decir, ante los riesgos del hiperpresidencialismo y de la concentración de poderes se plantea instituir reformas hacia una mayor democracia, entendida como mecanismos que lo único que generan es fragmentación política, una gobernanza más debilitada

y, como resultado, menos mecanismos para que las autoridades puedan tomar decisiones con la oportunidad que se requiere.

Hablemos un poco de algunas de las oportunidades que tenemos. Creo que estamos en un momento en el que es posible proponer una visión remozada de los procesos, aprender tanto de lo que está ocurriendo en otras partes del mundo como de algunas de las cosas buenas que podemos encontrar en nuestra región y construir sobre algunas de las fortalezas que tenemos hoy.

La primera fortaleza que tenemos que reconocerle a América Latina, y a su democracia, es su resiliencia. Cuarenta años de ideario democrático demuestran que no es cualquier región, sino que ha sido una de las más exitosas en su proceso de democratización, ya que ha probado su capacidad de sortear muchas otras crisis en el pasado. Hemos visto con gran optimismo cómo, a pesar de todas las manifestaciones ciudadanas, la gente sigue acudiendo al llamado que se hace para votar y acercarse a las urnas electorales.

El segundo elemento es el activismo social y ciudadano. Como mencionaba al principio, la única variable que no está experimentando deterioro dentro de las variables de la

democracia es precisamente la participación de la ciudadanía. Aquí tenemos una gran oportunidad, siempre y cuando sepamos interpretar esa demanda de participación de las y los ciudadanos y crear los mecanismos que sustituyan esa protesta anárquica que tiene lugar en las redes sociales o en las calles por una protesta ordenada, por una protesta constructiva que abone a los mecanismos de la democracia representativa.

Tenemos, además, la oportunidad de un impulso reformador en muchos países, es decir, hay un deseo de poder abordar las reformas que la democracia requiere aun cuando no tenemos mucha claridad con respecto a cómo hacerlo.

Finalmente, recorro de igual manera a las oportunidades, incluso cuando también presentan riesgos, que las tecnologías nos ofrecen para innovar en materia de democracia deliberativa y, de esa manera, oxigenar las formas tradicionales de la democracia representativa.

En este punto no hay más que reiterar que el que la gente esté demandando más participación es algo positivo. Estamos frente a una generación que comprendió que existe vida política entre elección y elección, y que ya no se conforma con que solamente la convoquemos cada cuatro

o cinco años a ejercer el derecho al voto. Esta joven generación desea algo más y tenemos que responder, ver cómo somos capaces de canalizar ese esfuerzo.

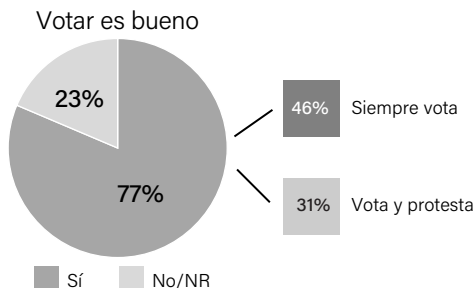
Asimismo, hay algo que nos reiteran todas las encuestas, tanto las globales como las regionales, y es que el nivel de educación recibido hace una diferencia en las convicciones democráticas. Por ello, la educación, a la par de la organización social y la movilización ciudadana, debe convertirse en una prioridad para nuestras naciones y nuestros gobiernos.

Comparto un dato que es muy interesante y confirma lo que estoy diciendo: el Latinobarómetro afirma que casi un 80% de las y los latinoamericanos siguen diciendo que votar es bueno, y eso es maravilloso. Sin embargo, cuando desagregamos ese porcentaje hay un 46% que afirma: "Sí, es bueno siempre votar", frente a otro 31% que dice: "Sí, pero no me conformo con votar, también se vale protestar" (gráfica 5). De nuevo reitero la importancia de poder comprender este llamado a ir mucho más allá de la participación vista como el ejercicio del voto, pues este último porcentaje seguirá creciendo.

Para ir cerrando mi intervención, en el fondo mucho de lo que propongo es que para poder incidir sobre los otros dos

pilares esenciales que hacen parte de la democracia, que son el liderazgo y las instituciones, tenemos que abocarnos de manera prioritaria a trabajar el concepto de ciudadanía.

Gráfica 5. América Latina: “Votar sí, pero no es suficiente”



Fuente: Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*.

Hay una serie de cuestionamientos que debemos plantearnos. ¿Cómo fortalecemos los valores cívicos? ¿Cómo fortalecemos el ejercicio responsable de la ciudadanía? ¿Cómo diseñamos instituciones más contestes con las demandas de participación, rendición de cuentas y transparencia? ¿Cómo hacemos que la ciudadanía, junto con los tomadores de decisión y a través de las tecnologías digitales, pueda tomar parte en espacios de respuestas de política pública que resuelvan de manera más oportuna las demandas que plantea?

Para resumir, el gran desafío que considero que tenemos en el futuro es cómo, por un lado, remozar y renovar los canales más tradicionales de participación política, aquellos que, como los parlamentos o los partidos políticos, forman parte de la democracia representativa, a la vez que, por otro lado, se impulsan nuevos mecanismos de participación ciudadana que puedan tener significativos impactos en el proceso de decisión de políticas públicas.

Yo estoy convencida de que podemos generar esa convivencia balanceada entre la democracia representativa y la democracia deliberativa, a pesar de que me he encontrado con mucha gente muy conservadora, demócratas que creen a pie juntillas en la democracia representativa, pero que tienen temor de avanzar hacia nuevas formas de democracia participativa.

Yo lo que les digo es que si no lo hacemos quienes somos demócratas, lo harán los populistas –como ya lo estamos viendo en varios países–, y lo harán de la manera más irresponsable posible, por ejemplo, convocando una serie de instrumentos de la democracia directa, sin reglas claras y con grandes márgenes de manipulación, de manera que tenemos que ser capaces de avanzar el debate en esa dirección.

Estamos frente a una gran oportunidad para la reforma de la democracia en nuestra región, por lo que debemos saber aprovecharla y actuar, pero actuar ya.

Mucha gente sigue diciendo: "Atengámonos a la resiliencia de la democracia latinoamericana, así como en el pasado. Sobrevivimos el chaparrón, ahora también lo vamos a hacer". Eso ya no es suficiente, las y los latinoamericanos no debemos conformarnos con que la democracia sea resiliente; debemos procurar que trascienda, y que trascienda por muchas generaciones más.

Muchas gracias

| **Referencias bibliográficas**

Corporación Latinobarómetro, *Informe 2021*, 2021, disponible en
<https://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>

The Economist, Intelligence Unit, 2022.

| Sobre la autora

Laura Chinchilla es licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Costa Rica y maestra en Políticas Públicas por la Universidad de Georgetown. Ha sido distinguida con doctorados *honoris causa* por la Universidad para la Paz de las Naciones Unidas, la Universidad de Georgetown y la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto.

Se ha desempeñado como profesora invitada del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), de la Universidad de Georgetown y de la Universidad de Sao Paulo en Brasil.

Mantuvo la titularidad de la Cátedra José Bonifacio de la Universidad de Sao Paulo cuando fue Presidenta de Costa Rica (2010 a 2014). Actualmente es titular de la Cátedra Latinoamericana de Ciudadanía en la Escuela de Gobierno y Transformación Pública del ITESM.

Es vicepresidenta del Club de Madrid, y ha ocupado la co-Presidencia del Interamerican Dialogue; es miembro de consejos asesores y directivos de Euroamérica, Concordia Summit y del Adrienne Arsht Latin America Center. Forma parte del Consejo Asesor del Informe sobre Desarrollo Humano 2019 de Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, de IDEA Internacional y de Sanitation and Water for All.

En 2019 obtuvo el premio como Mujer de la Década en la Vida Pública y Liderazgo por el Woman Economic Forum y como una de las mujeres más importantes de Centroamérica, de acuerdo con el Foro Económico Mundial.

Ha fungido como jefa de Misiones de Observación Electoral de la Organización de los Estados Americanos en México (2015), Estados Unidos (2016) y Paraguay (2018), así como relatora de libertad de expresión de la Organización de Tele-comunicaciones de Iberoamérica.

Ha impartido conferencias sobre temas de democracia, liderazgo, mujer y seguridad. Cuenta con diversas publicaciones en materia de administración de justicia, seguridad ciudadana y reforma policial.

47

Democracia y pandemia

La edición estuvo al cuidado de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.

47

 **CONFERENCIAS
MAGISTRALES**



Consulta el catálogo
de publicaciones del INE

 **INE**
Instituto Nacional Electoral